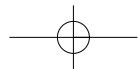
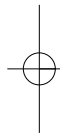
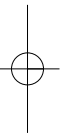


La hija del ministro



I

Gorospide era la finca de la que los directivos de Home & Rent —una inmobiliaria especializada en el alquiler de oficinas— se sentían más orgullosos. Y no sólo por el alto precio de cada una de sus rentas sino por la belleza llamativa del edificio, una combinación perfecta de estilos que había popularizado su fachada, reclamo en postales y libros dedicados a Bilbao y su ría. Semejante esplendor arquitectónico se había convertido, por derecho propio, en el motivo con el que un prestigioso diseñador había compuesto el logotipo de la empresa, cuatro trazos que identificaban los famosos ventanales, el pórtico de entrada y el tejado, protegido por un friso que era un caprichoso juego de curvas.

De alguna manera, Gorospide resumía el afán de lujo de todos los inmuebles de H&R, la garantía de que detrás de aquellas fachadas con aspecto de aparente incompatibilidad con las exigencias de una compañía moderna se encontraban las oficinas con mejores acabados del mercado. Combinaba la elegancia victoriana de las primeras viviendas de Las Arenas con un guiño a la vida rural, tan del gusto —en sus aspectos folclóricos— de la alta burguesía vasca de finales del XIX. Sobre los arcos de medio punto y las ventanas ojivales había cerchas de madera que acotaban paños de ladrillo. Aquel remate culminaba una

construcción de gárgolas naturistas, falsas columnas y vidrieras que mostraban paisajes idílicos. En los arriates de las cocheras siempre lucían flores de temporada.

El precio desmesurado de sus pisos y buhardillas no sólo lo justificaba aquel regalo de fachada, de la que podía disfrutar cualquier paseante sin necesidad de poner un pie sobre la propiedad, sino los detalles del interior. Al pasamanos de caoba no se le adivinaba ninguna señal de deterioro, como tampoco a los anchos escalones de roble ni a la alfombra de la Real Fábrica que los cubría. Habían sido lacados los cuarterones de haya de los descansillos y vuelta a dorar la filigrana del ascensor, una grácil caja de cristal forjada en Barcelona según la fantasía modernista. Un equipo de especialistas limpió las pinturas al fresco del recibidor para recuperar la luminosidad voluptuosa de los maestros de la academia de Roma, y en los grabados franceses del XVIII que pendían sobre los interruptores de la luz desaparecieron las máculas de humedad. Pulieron los bancos de madera de cada entresuelo, renaciendo tallas de faunos y ninfas, y unos artesanos rejuntaron las cristaleras con tiras de plomo, arrancando de los vitrales coloreados hasta la última mota de hollín. Una vez restaurados y embellecidos, los pisos disponían de amplios salones, despachos nobles y un comedor de gala. La altura de las paredes permitía colgar grandes cuadros y bajo el delicado artesanado que revestía toda la construcción se deslizaban kilómetros de cable para teléfonos y computadoras.

No era de extrañar que Gorospide fuera un próspero negocio. Sin embargo, para que la sociedad madrileña pudiera llenarse la boca en las ferias nacionales e internacionales al hablar de la vivienda de Bilbao, no debería existir el extraño acuerdo del primero derecha, mil doscientos metros cuadrados de planta y sótano alquilados a cambio de una insultante cantidad de dinero. Aquella vivienda la ocupaba una anciana sujeta a un contrato de renta antigua que pagaba religiosamente el día seis de cada mes. Y H&R no podía deshacerse de ella. *La vieja*, tal y como la llamaban en las oficinas de la inmobiliaria, salía a la calle

en una silla de ruedas con las piernas cubiertas por una fina manta de viaje. Una muchacha sudamericana empujaba del carrito hacia el paseo vespertino por el malecón.

Las ventanas de la fachada de poniente, la más cara del inmueble, miraban al mar. Había quien se sentaba en el petril del paseo marítimo y contemplaba el caserón ensoñando un tiempo, cuando aquel paisaje no lo perturbaban las chimeneas de las fundiciones ni las grúas, ni los espigones de hormigón ni los enjambres humanos sobre las montañas, y la bahía era un vergel apenas habitado por los pescadores.

Para evitar el polvo y los rayos de sol, que se comen el color de los muebles, *la vieja* había ordenado a Nelsy que tuviera las persianas echadas, a pesar de que sus ojos nublados le impedían medir el deterioro de las molduras de yeso, los paños con humedades, los paneles hinchados o la falta de barniz en el parqué.

Cuando el portero apretaba el timbre con el correo en las manos, se sentía el ruido de unos pasos blandos al otro lado de la puerta, de la que se abría un camarín por el que asomaban los ojos de la muchacha ecuatoriana. En el recibidor lucía el retrato al óleo de un militar afrancesado entre una vegetación exuberante en la que pacían vacas de cornamenta exagerada junto a pavos reales y otras aves paradisíacas. A juicio de H&R, una sola chica de servicio no era suficiente para mantener el primero derecha y cuidar de su inquilina, por más que la mayoría de las habitaciones permanecieran cerradas. Pero las cuentas de *la vieja* sólo le permitían pagar a Nelsy, con la que había trabado una intensa dependencia. La ecuatoriana actuaba como si fuera los ojos, brazos y piernas de la señora Bossana. Todas las tardes, antes del paseo, le preparaba una taza de té en el comedor, grande y solitario. Aquellas pequeñas actividades conseguían apenas despabilar a la anciana de un aburrimiento lánguido y sostenido.

Su único hijo hacía meses que no venía a visitarla. Nelsy no ocultaba su desprecio hacia don Ignacio. Mientras permanecía al lado de

su señora para acercarle las galletas o servirle un poco más de leche, meditaba a viva voz el desapego que mostraba con su madre.

—En mi país, si algún familiar trata así a su mamá se le encarcela.

Doña Elvira opinaba que las cosas en España son distintas.

—Con la pena del divorcio del señorito, usted le exime de las obligaciones que todo hijo lleva grabadas en el corazón —argumentaba la muchacha—. Entre viaje y viaje don Ignacio podría venir a verla. Y en su ausencia, al menos sus nietas... En esta casa sobra espacio para toda la familia. —Abarcaba el comedor con una mirada—. ¿Por qué no vienen a vivir con usted? Le regalarían un precioso consuelo en los últimos días de su vida.

Doña Elvira no contestaba. Tan solo movía la cabeza con un ligero gesto de negación. Nelsy sabía que don Ignacio no le perdonaba que hubiese rechazado la oferta de los directivos de Home & Rent. Desde que solicitaron a doña Elvira una cita en Gorospide, soñó con una fortuna caída del cielo que le ayudase a sanear las deudas de su último fracaso empresarial. Pero la cabezonería de su madre le dejó con la miel en los labios. Fue entonces cuando decidió castigarla sin visitas.

—La ha dejado sola. —Nelsy le pasó la servilleta por los labios—. Sola como se cuelga un ponchito en un armario vacío, nomás.

Cada vez que la ecuatoriana apagaba la luz del dormitorio principal, Elvira Bossana buscaba por el techo los reflejos irisados de su jarrita de agua. Tardaba en encontrarlos entre la masa de oscuridad, pero cuando percibía sus guiños brillantes bisbisaba avemarías al tiempo que pensaba en el sino de las cosas: el día de su muerte los recuerdos que aún colgaban de las paredes del primero derecha desaparecerían para siempre. Hasta que llegara ese momento fatal estaba decidida a conservarlos; a pesar de su invalidez, aquel alquiler por treinta pesetas le permitía seguir siendo libre.

Los representantes de Home & Rent maldecían en sus despachos la absurda y ventajosa cláusula del contrato de compra y venta

que protegía a *la vieja*, cláusula que también encendía la intriga de Nelsy. En ocasiones, durante los paseos por el muelle, detenía el carrito en el que dormitaba la anciana y se asomaba al petril. Los peces barbeaban la superficie, destellando guiños plateados, y una colección de velas multicolores regateaba en el centro de la rada. La ecuatoriana cerraba los párpados y a su mente acudía la terraza del primero derecha con sus dos macetones, en los que durante el mes de junio reventaban hortensias de un intenso azul ferruginoso. La recreó poblada de personajes decimonónicos, los mismos que de niña se había imaginado por los alrededores de la iglesia de San Francisco de su Quito natal. Se preguntaba si doña Elvira habría sido alguna vez una niña con enaguas y botines de cordones. Tal vez fuera hija de los primeros propietarios de Gorospide y aquella filiación el motivo de su beneficioso alquiler. Pero ¿cómo iba a pagar una renta la heredera del inmueble? ¿Habría sido, entonces, la querida del dueño de la vivienda? Por las novelas —era una joven letrada que había terminado la escuela con buenas calificaciones— sabía que algunas mujeres veían compensadas sus fatigas con el derecho de vivir y morir en la casa donde recibieron a su amante con paciencia escondida. Nelsy sacudió la cabeza... En la sociedad de entonces, como en el Quito colonial, las queridas tenían su lugar en otros barrios, lejos de las familias de abolengo. La muchacha respiró profundamente y se volvió para empujar de nuevo de las asas de la silla y continuar el paseo hacia el rompeolas de Churruca, pero no dejaba de preguntarse por el motivo que había llevado al dueño de la casa a exigir que H&R respetara aquel extraño capricho después de que todos los antiguos inquilinos se hubiesen marchado. Posó la mirada en el cabello níveo de la anciana y mezcló la imagen de una niña en blanco y negro, la de una muchacha esplendorosa con mala reputación (no en vano, las fotos en sepia enmarcadas en el salón de Gorospide mostraban a una Elvira sensual y bella) y la de aquella abuelita cuidadosamente aseada.

Don Ignacio conocía bien la historia. Había sido testigo, además, de la entrega, por parte de los propietarios del inmueble a los representantes de H&R, de un dossier en el momento de la firma de las escrituras de compraventa. Su presencia en aquel acto junto a su madre formaba parte de los caprichos del instigador de todas sus desgracias: Ventura Ortuño.

Aquellos legajos contenían (además de una descripción pormenorizada de la construcción de la finca) la cláusula por la cual Home & Rent aceptaba, como condición *sine qua non* para la compra del edificio, la permanencia de doña Elvira Bossana en el primero derecha bajo las condiciones pactadas entre el anterior propietario y *la vieja* en el momento en el que ésta enviudó, que especificaban que el alquiler del piso no podría ser aumentado bajo ningún concepto, ni siquiera por el cambio del valor del dinero, fijándose en treinta pesetas a pagar por la interesada en los primeros seis días de cada mes. Los futuros herederos de la finca se daban por enterados y así lo rubricaban, quedando obligados a reflejarlo en sus testamentos y hacerlo cumplir en caso de vender la propiedad. Sólo la muerte de doña Elvira o su voluntad de marcharse de Gorospide rompería tal exigencia, liberando al primero derecha de toda carga.

En la primera página se mencionaba el nombre completo de aquel singular benefactor: Ventura Ortuño Selgas, cuyos apellidos no coincidían con los de *la vieja* ni con los de su difunto marido, Javier Colomo Delgado, recogidos también en el documento. En la carpeta se encontraba también una copia del testamento del tal Ortuño, en el que legaba Gorospide —junto con una colección de acciones y unos millones de pesetas depositados en una cuenta corriente— a cinco sobrinos en segundo grado que hasta su muerte habían ocupado el edificio en régimen de préstamo. Eran su única familia. El escrito legal fue completado con un documento hológrafo en el que Ventura exigía que, tras su fallecimiento, los pisos fuesen distribuidos de nuevo al socaire de su capricho. Así, el que antes se alojaba en el tercero derecha y su buhardilla pasó al segundo izquierda. Y al que en el segundo izquierda se

había habituado al ruido de los automóviles, se le premió con el paisaje del Abra. No acababa ahí su veleidad: antes de que los sobrinos pudieran disfrutar de la herencia debían manifestar ante notario el compromiso de mantener en condiciones óptimas las zonas comunes del edificio así como el primero derecha, obligación que el notario dio a conocer a la señora Bossana para que pudiera reclamar los desperfectos que el tiempo y la mala administración de la finca causaran a su vivienda. Por último, el testamento impedía vender o alquilar el piso que había designado a cada pariente salvo acuerdo con el resto de los propietarios. En caso de que no aceptaran esta colección de requisitos así como si dejaran de cumplir cualquiera de ellos en un periodo de veinte años desde el fallecimiento del propietario, los albaceas quedaban revestidos de poder para revocar la herencia y donar Gorospide a una institución benéfica. De producirse tal eventualidad en vida de doña Elvira, ésta seguiría disfrutando del primero derecha en las mismas condiciones recogidas en su contrato.

—Ventura Ortuño no sólo te mantuvo en vida —le echó en cara su hijo delante de los sobrinos del finado y de los directivos de Home & Rent—, sino que dispuso sus bienes para protegerte desde la tumba.

Elvira Bossana no dijo nada. Conocía al dedillo aquel testamento, cuya lectura pública con motivo de la compraventa de Gorospide no hizo sino ahondar una herida que nunca le cicatrizaba. Sabía que Ventura había reasignado los pisos para que sus herederos se enemistaran entre sí. No en vano, presenció cómo soltaban sapos y culebras a cuenta de aquellas mudanzas a través de las tripas del edificio, aunque nada enervaba tanto a sus vecinos como el imperativo de atenderla, pues la consideraban ajena a la sangre de los Ortuño.

Con la comunidad enferma de rencor no hubo nunca unanimidad para que alguna de las viviendas se pusiera a la venta. Gorospide sólo cambió de manos cuando los propietarios encontraron un único comprador para toda la finca. Y es que a los herederos les urgía vender el caserón: su mantenimiento era un pozo sin fondo. Para más inri, el ayuntamiento lo había declarado obra de interés público y artístico;

hasta la más pequeña reparación precisaba del visto bueno de la Concejalía de Cultura, que no sólo exigía reemplazar los materiales en mal estado por otros de su misma calidad, sino la participación en cada arreglo de restauradores especializados. El dinero que el tío les había legado se volatilizaba a medida que se multiplicaban las averías.

Cuando murió Ventura Ortuño, el periódico le dedicó un breve obituario que le describía como a un burgués estrambótico venido a menos. Aquel recorte venía ilustrado por una fotografía del padre del finado: el retrato de estudio de un hombre con lazo y levita que encargó la construcción de Gorospide cuando Las Arenas se convirtió en un escaparate de ostentación para los industriales de las fundiciones y los astilleros. Ventura había sido testigo de aquellos decenios felices. Más tarde, la crisis industrial dio al traste con la atarazana de la que se había alimentado su familia. Las acciones que heredaron sus sobrinos habían perdido, por tanto, todo valor. Acostumbrados a vivir del regalo, sólo podían enriquecerse con la venta de la casa.

La necrológica puso en movimiento a los comerciales de H&R. Dos semanas después de que se echara la losa sobre el panteón de los Ortuño, lanzaron el primer envite. A doña Elvira, por error, también le colaron la propuesta en el buzón y la devolvió con una nota manuscrita por Nelsy en la que hacía constar su condición de inquilina. Antes, la chica ecuatoriana le ilustró los términos de referencia del contrato, así como la cantidad con la que Home & Rent estaba dispuesta a comenzar a negociar. *La vieja* lanzó un silbido, el primero en muchos años.

Los sobrinos sintieron el cosquilleo de quien tiene al alcance de la mano la posibilidad de cambiar de vida para siempre. Los que habían perdido el dominio del Abra discutían acaloradamente con los que ahora disfrutaban de las vistas del mar. En una de aquellas reuniones, ante la mirada sorprendida de Luis Gozalo, director ejecutivo

de Home & Rent, los hermanos Basabe Ortuño se cruzaron un par de bofetadas. Unos minutos después, cuando llegó el momento de dividir entre cinco el precio de las zonas comunes, se unieron al resto de sus primos como si nada. Hacían cálculos: sumaban, restaban, maldecían o alababan los últimos caprichos de su tío. Fue entonces cuando Gozalo preguntó por el primero derecha. Se trenzó un pesado silencio. El presidente sacó de su cartera una copia del testamento y señaló las cláusulas referidas a *la vieja*.

—Supongo que se trata de una broma —inquirió Gozalo con semblante cariacontecido.

Trataron de justificar aquel escollo, pero el director ejecutivo se levantó y tomó su cartera.

—Me marchó directamente al aeropuerto. Mi asesoría jurídica les dará una respuesta.

Durante los días que los herederos aguardaron la contestación de Home & Rent, la anciana fue consciente de que la observaban con malos ojos. Sólo cuando llegó el visto bueno de Madrid y cada uno firmó la escritura de compraventa, recuperaron la cortesía.

A la semana siguiente el señor Gozalo pulsó el timbre del primero derecha.

«Pretendía que mi señora renunciara a sus derechos a cambio de veinte millones de pesetas —recordó Nelsy—. Ella se negó, e hizo bien. Conocía lo que Home & Rent le hubiese pagado en el caso de ser legítima propietaria».

Gozalo se hizo acompañar por el consejero delegado de la compañía, que se trasladó a Bilbao con el único propósito de ganarse la voluntad de aquella anciana. Para presionarla, antes habían contactado con Ignacio.

Aunque la señora Bossana les hizo pasar al comedor, ni siquiera les ofreció un vaso de agua. El director ejecutivo desplegó una chequera sobre la mesa de raíz, pero *la vieja* les informó que no estaba interesada en el trato. A medida que transcurrían los minutos, los millones se multiplicaban como por arte de birlibirloque. Pasaron de veinte a vein-

ticinco, a veintiocho, a treinta y hasta cuarenta y ocho, la última cifra que el señor Gozalo trazó sobre el talonario. Ignacio rabiaba por convencer a su madre, que apretaba contra su pecho el testamento de Ventura Ortuño.

—Les agradezco la oferta, pero no quiero esos millones —sentenció rotunda.

—Piense en su hijo —le rogó el consejero en tono edulcorado, intercambiando una mirada cómplice con Ignacio—, en sus nietas...

—Mi marido educó a Ignacio para que no tuviera que depender de su madre. Y mis nietas están a punto de finalizar sus estudios universitarios; sabrán ganarse la vida.

—Pero ¿qué dices? —Su hijo torció el rictus—. ¡Son cuarenta y ocho millones!

—No voy a claudicar y espero que tu corazón no se envenene. —Al rozarle la mano, Ignacio la apartó—. Gorospide se ha convertido en la garantía de mi independencia: bajo sus techos, sigo siendo libre.

Al consejero delegado de Home & Rent le tembló la barbilla al romper cada uno de los talones. Guardó, sin rubricar, la renuncia de doña Elvira.

—Qué entiendes tú de dinero ni de lo que me hará falta el día de mañana. —Su hijo rabiaba—. ¡Esta casa se está cayendo a trozos! Con la cifra que nos ofrecen estos señores —los representantes de la inmobiliaria se habían puesto en pie—, podrías vivir como una reina.

—¿En dónde? —La señora Bossana cerró los párpados.

—Hay muchos lugares... —titubeó.

—¡No! Es mi última palabra.

—Estás rematadamente loca.